

Combatir el narcotráfico es defender la libertad

por Jesús María Silveyra

“No dejemos que nos roben la esperanza, ni que se la arrebaten a nuestros jóvenes”, señala el último documento de la Asamblea Plenaria del Episcopado, que se refiere al problema del narcotráfico y las drogas que padece nuestra nación. Un documento claro y conciso, que hasta propone algunas medidas concretas como darle protección a las fronteras y radarizar el espacio aéreo, hoy desprotegido. Toda la sociedad lo sabe y los medios de comunicación han denunciado hace tiempo la existencia de pistas clandestinas y el ingreso de “mulas” desde los países limítrofes, sin que exista la más mínima intención de los gobernantes de establecer, por un lado, los tan mentados radares y reforzar las fuerzas de seguridad de frontera (al contrario, se las trae a zonas urbanas) y la sanción de una política inmigratoria que nos proteja del ingreso al país de redes de narcotraficantes, bandas de mercenarios dedicadas al comercio y sicarios que ingresan para hacer ajustes de cuentas.

Lamentablemente, muchos de los funcionarios públicos, políticos, jueces y fuerzas de seguridad involucradas en combatir este mal que nos aqueja, parecieran actuar con temor o estar involucrados en el negocio, a tal punto que, algunos, proponen la despenalización de las llamadas drogas “livianas” que, se sabe, no son tan livianas y son el puente de entrada a las más “duras”. Algo de esto también da a entender el documento.

¿Quién de nosotros no tiene un caso cercano, en el que la familia entera sufre por algún miembro que ha caído en la adicción? Y cuando se cae en la adicción, se pierde la libertad al ser vulnerada la voluntad y, por consiguiente, el libre albedrío que Dios nos ha concedido: ese preciado don que nos distingue entre todas las especies y nos convierte en humanos. Por más inteligencia que haya, sin voluntad, es muy difícil la abstención y, por ende, la recuperación.

Esta es una de las razones que nos permiten afirmar que en la lucha contra el narcotráfico está en juego la libertad individual y, como consecuencia, la social. Una sociedad enferma de drogas esta encadenada, pierde su voluntad social, la cultura del esfuerzo, la propensión al trabajo y a la educación. “Trabajar y estudiar” dejan de ser los pilares del progreso, cediendo lugar al “traficar y drogarse” para desentenderse de la realidad. Bien sabemos lo que sufren otras naciones hermanas dominadas por el narcotráfico. Por eso, la lucha debe ser de todos, como dice este certero documento de la Iglesia, estemos donde estemos, aunque la responsabilidad mayor recae sobre quienes ejercen el poder de prevención y sanción. Vale la pena recordar aquello de que sin verdad no hay libertad y sin libertad no puede haber justicia.